



**NUESTRA HISTORIA
COMPARTIDA:
SEIS DÉCADAS
SEMBRANDO
CONOCIMIENTO**

La realización de un sueño humanista: sobre los fundadores de la Universidad Central

Yor Mary Llanos Gutiérrez* |

Al marcar su diferencia respecto a discursos poderosos, relativos a la ficción o a la memoria, que también vuelven presente algo que ya no existe, la historia debe asumir directamente su propia responsabilidad: volver inteligibles las herencias acumuladas y las discontinuidades fundadoras que nos han hecho lo que somos.

Roger Chartier (2008, p. 18)

El hombre pudo indagar el cosmos sin romper la armonía con los dioses. Hoy no tenemos una narración, un relato que nos una como pueblo, como humanidad, y nos permita trazar las huellas de la historia de la que somos responsables.

Ernesto Sabato (2000, p. 58)

Al contrario de la historia de las ideas, desarraigada del ámbito social, la historia debe dar paso al tratamiento histórico de los “modos de sentir y de pensar”.

Paul Ricoeur (2008, p. 248)

* Docente de la Escuela de Estudios Transversales de la Universidad Central y coordinadora de esta edición especial de la revista *Hojas Universitarias*, n.º 88, en homenaje a los sesenta años de la institución.
Correo: yllanosg@ucentral.edu.co

Introducción

Cuando se intenta interpretar el pasado, se deben tener en cuenta las formas de pensar y de actuar de los sujetos en momentos y lugares específicos. Sin embargo, los historiadores se encuentran con ciertos obstáculos que deben tratar de subsanar para no caer en el frecuente error de proyectar un pensamiento anacrónico. Uno de esos obstáculos lleva a preguntarse por la validez de los acontecimientos ocurridos, así como por las ideas o “mentalidades” forjadas por los actores sociales —como los llamara Marc Bloch— que vivieron tales acontecimientos.

Una historia vista desde esta perspectiva, es decir, desde las ideas proyectadas en el pensamiento de los sujetos, lleva a preguntarse por las representaciones que dichas mentalidades recrearon, tomando como referente los hechos y acontecimientos de una época, para mirar desde una escala más amplia, lo que Hegel llamó “el espíritu de una época”. Esta pretensión también lleva a indagar por la forma como dicha influencia determinó las acciones en un contexto específico que, en el caso colombiano, es profundamente político.

Convencida de que la Universidad Central posee una historia digna de ser contada, me propongo en este texto mostrar lo que Michel de Certeau llamara el “lugar de producción”, es decir, el lugar de las ideas, el pensamiento y los discursos de quienes hicieron posible su existencia; para comprender no solo las motivaciones de los sujetos, sino también las relaciones con el contexto en el cual surgieron. Para De Certeau, los “discursos no son cuerpos que flotan [...] en la historia; [de hecho] son históricos porque están ligados a operaciones y definidos por funcionamientos [...]. No se puede comprender lo que dicen independientemente de la práctica de donde proceden” (De Certeau,

1993, p. 34). Por ello, veré algunas ideas como objetos que muestran la conexión entre acontecimientos colectivos interrelacionados con el sentir de un grupo de intelectuales que le dieron origen a la Universidad Central.

Un lugar de producción: la Universidad Central

La Universidad Central es uno de esos lugares en los cuales, hace 60 años, convergieron los pensamientos, las ideas y las acciones de un grupo de intelectuales preocupados por mejorar las condiciones de vida de los jóvenes capitalinos; una preocupación que los llevó a preguntarse no solo por el sentido de la educación en Colombia en los años sesenta y setenta, sino también por el sentido de lo humano en un momento histórico convulso y conflictivo que exigía de ellos una gran fuerza intelectual y espiritual.

Pero para hablar del pensamiento de los fundadores de la Universidad Central, es necesario revisar el contexto ideológico de los años sesenta y setenta en Colombia; me refiero a la larga tradición partidista procedente del siglo XIX, en la cual se enfrentaron dos modos de pensar opuestos: el pensamiento liberal y el pensamiento conservador; una tensión que sobrepasaría los límites de la cordura humana, tratando de alcanzar lo que se podría considerar, siguiendo a Benedict Anderson (1993), una “nación imaginada”¹. Pero para comprender mejor las ideas y dar un marco al pensamiento que exhibían los fundadores de la Universidad Central, propósito fundamental de este artículo, conviene revisar un poco el escenario histórico de los años sesenta, que habría de prolongarse, en el caso colombiano, hasta los años setenta e incluso los años ochenta.

1 En su interesante libro, *Comunidades imaginadas*, Benedict Anderson estudia el origen del Estado en las ideas que las sociedades europeas tenían sobre este. Según él, “el Estado frecuentemente chocó con inquietantes realidades. [...] la más inquietante de estas fue la afiliación religiosa, que sirvió de base para unas muy antiguas y muy estables ‘comunidades imaginadas’” (Anderson, 1993, p. 236). Guardando las proporciones, este fue también el caso de los grupos que intentaban instaurar el Estado colombiano sobre esta base ideológica.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el mundo experimentó una serie de cambios que confrontaron lo que podría llamarse viejas estructuras en lo social, en lo político, en lo económico y en lo cultural, para instaurar otras formas de percibir la realidad. Con la Segunda Guerra Mundial quedaba claro que el mundo tenía una organización distinta a las proyecciones políticas del siglo XIX, y la vida de los seres humanos quedó sujeta a lo que podría llamarse macropoderes. El planeta se configuró como una esfera limitada que podía ser gobernada por esos megapoderes, de orden particularmente económico. No obstante, algo había cambiado también a nivel individual, pues las personas sintieron la necesidad de expresar sus inconformidades y anhelos de diversas formas, usando como vía de escape las expresiones estéticas.

Se dio entonces en el mundo europeo y en Norteamérica una serie de manifestaciones por parte de una generación inconforme con las guerras, que diversos grupos sociales consideraban innecesarias. Surgieron movimientos culturales que cuestionaron las convenciones sociales de la época, como el ocurrido en Francia en Mayo de 1968, que protestaba contra los obsoletos sistemas educativos en Europa; o como el movimiento hippie en los Estados Unidos, que criticaba la participación norteamericana en la Guerra de Vietnam.

Estas nuevas expresiones de la cultura estaban impactando fuertemente el pensamiento de todos los intelectuales en el mundo, así que el grupo de intelectuales colombianos entre quienes se empezaba a gestar el proyecto de la Universidad Central² no estaba exento de esas influencias ideológicas que circulaban por entonces en los medios educativos. ¿Cómo se experimentaban estas transformaciones en el ámbito nacional y cómo se expresaban en el ámbito de la cultura co-

2 El grupo de profesionales e intelectuales estuvo constituido por el licenciado Alberto Gómez Moreno, los doctores Carlos Medellín, Raúl Vásquez Vélez, Rubén Amaya Reyes, Elberto Téllez Camacho, Jorge Enrique Molina y Darío Samper. El doctor Eduardo Mendoza, aunque participó en las primeras reuniones de discusión sobre la transformación del Instituto Grancolombiano, convertido después en la Organización Universitaria Grancolombiana, desaparece de la propuesta debido a diferencias con la visión sobre la nueva fundación. La información proviene de la entrevista realizada en julio de 1996 al doctor Rubén Amaya Reyes y referida por López López (2018).

lombiana? Es importante recordar que Colombia estaba pasando por un largo periodo de violencia partidista, que dejaba como consecuencia un profundo atraso en todas las estructuras sociales, y que se hacía particularmente evidente en el ámbito de la educación. Teniendo en cuenta las ideas presentes en los escritos más significativos dejados por algunos de ellos, conviene ver el pensamiento que unía a este grupo de profesionales e intelectuales para dar vida a una institución de importancia en la capital y el país, es decir, la Universidad Central.

Sobre el pensamiento de los fundadores

Los fundadores, conocedores no solo de lo ocurrido en el mundo, sino también de la historia de Colombia, sentían una auténtica preocupación por el nivel de ignorancia y desconocimiento que mostraba la sociedad colombiana por esos años, y estaban convencidos de que la única manera de subsanar este error era mediante la implementación de una educación humanística. Un discurso de Jorge Enrique Molina, recogido en el editorial del volumen 2, número 11, de la revista *Hojas Universitarias* (1981), recoge muy bien este espíritu renovador que venía desde los años sesenta y da cuenta de las ideas e intereses que, por entonces, les daban forma al pensamiento de los fundadores:

Son quince años forjando jóvenes patriotas, amantes de la paz y seguros del porvenir, nacionalistas edificantes, humanistas convencidos, críticos constructivos respetuosos de la ley y con el bagaje intelectual científico y ético que les ha permitido crear una axiología propia. Este es el cimiento sobre el cual construye su seguridad y su grandeza la hermosa obra de la Universidad Central. (Molina, 1981, p. 10)

Estas ideas muestran la preocupación que se tenía por formar sujetos, de cierto modo, políticos, pero concebidos desde cánones éticos; sujetos que, una vez educados, deberían orientar sus acciones hacia una vida intelectual y científica que debía llevarse a cabo en

un país que estuviera en paz. Esta idea de ser “amantes de la paz” se entiende, en el contexto de estos años, como un propósito, como una antítesis de la realidad que reclamaba la promesa de nuevos espacios y nuevas instituciones; es sobre este pensamiento humanista sobre el cual nace la Universidad Central.

Lo interesante es que, aunque el texto se presenta en el año 1981, recogía perfectamente las ideas que son afines en otros textos de los fundadores. En un libro publicado por la Universidad Central titulado *Universidad y sociedad*, de Gabriel Anzola Gómez (1979), se encuentran reflexiones interesantes no solo de Jorge Enrique Molina, sino también del mismo Gabriel Anzola, para quien “la universidad es un sistema social, cultural, abierto a las múltiples influencias del ambiente” (p. 11), idea que muestra la apertura de pensamiento que caracterizó a este grupo de intelectuales.

En muchos de los textos, sean estos discursos, reseñas, presentaciones de libros, etc., aparece constantemente esa referencia a la apertura de un pensamiento que va más allá de lo liberal y lo conservador. Un pensamiento que, para la época del Frente Nacional (1958-1974), resultaba bastante revolucionario. Ahora bien, cuando se revisan con mayor detenimiento estos discursos y también las ideas de sus creadores, aparecen imágenes interesantes sobre un socialismo que, a primera vista, parece crítico y revolucionario, pero que es necesario mirar con mayor detenimiento para no caer en errores.

Esto lleva a considerar dos aspectos relevantes. El primero tiene que ver con el espíritu sociopolítico de los años sesenta que, en Colombia, era confuso e indefinido como las emociones humanas. El segundo tiene que ver con la trayectoria histórica del pensamiento político colombiano, el cual, siguiendo al historiador francés Fernand Braudel, se puede considerar “de larga duración”, puesto que sus orígenes se pueden rastrear en el siglo XIX. Me interesa, en este artículo, el segundo aspecto, ya que lleva a preguntarse qué tipo de influencia intelectual recibieron los fundadores, teniendo en cuenta su formación académica. Para ello, haré un breve recorrido por las ideas que circulaban en los centros de estudio a los cuales asistieron.

Influencias y raíces de una generación

Varios de los fundadores eran hijos de la Universidad Externado de Colombia, de la cual heredaron un vasto pensamiento sociológico. Este pensamiento se alimentaba con las ideas del positivismo decimonónico europeo, procedentes de los filósofos Herbert Spencer, Auguste Comte y John Stuart Mill. Este sincretismo ideológico dio origen a una especie de positivismo social en el cual se unían, sin mayores tensiones, el pensamiento religioso y el pensamiento pragmático económico.

En el contexto colombiano del siglo XIX, esta ecuación que reunía lo religioso y lo económico configuraba un núcleo ideológico profundo y complejo que se reflejaba en las diferencias partidistas entre conservadores y liberales; profundo debido a la forma como se interpretaron los ideales de la Revolución francesa en el plano local, al instaurar una democracia carente de la transformación que se realizó en Europa; complejo por las implicaciones que tuvo en el territorio colombiano la división de poderes sin desligarse de la mentalidad aristocrática.

El resultado fue una marcada espiral de violencia en el país que impregnó también la herencia intelectual ocurrida en los claustros universitarios desde mediados del siglo XIX. Esta realidad configuró una tensión ideológica persistente y constante hasta mediados del siglo XX, que se puede observar en las críticas a los ambientes académicos realizadas por el filósofo y crítico literario Carlos Arturo Torres³:

Su concepción de la relatividad, su afirmación de lo incognoscible, la amplitud de su criterio político y su concepto de que la ciencia y la religión no son inconciliables, serenaban los espíritus fatigados de la esterilidad de una lucha sin tregua y sin piedad entre dos extremos igualmente dogmáticos. (Torres, como se cita en Jaramillo, 2001, p. 348)

3 Según el historiador colombiano Jaime Jaramillo Uribe, Carlos Arturo Torres es considerado uno de los intelectuales, ensayistas, filósofos y críticos literarios más brillantes de Colombia a finales del siglo XIX y principios del XX. Según Jaramillo, Torres es un observador privilegiado y crítico de los acontecimientos de su tiempo. Al respecto, véase *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*, de Jaramillo Uribe, pp. 348-352.

Estas ideas muestran el nivel de tensión, la rivalidad y la discusión existentes en los ambientes universitarios sobre el dogmatismo ideológico entre liberales y conservadores, y la necesidad de frenar dichas rivalidades desde una postura sociológica.

Es importante mencionar que esta marcada diferencia entre partidos y la influencia ejercida por una sociología reflexiva y tolerante tenía su origen, precisamente, en los imaginarios tomados de Comte y Spencer. Comte, ideológicamente conservador, consideraba que el orden social y la reorganización de la sociedad se podían lograr mediante la ciencia; Spencer, por el contrario, era el propulsor de un liberalismo fundamentalmente económico, que consideraba las libertades individuales por encima del Estado.

El cuerpo de estas ideas sustentó el ideario complejo de una disciplina sociológica muy dinámica, la cual se desarrolló sobre todo en tres universidades del país: la Universidad Externado de Colombia, fundada en 1886; la Universidad Nacional de Colombia, fundada en 1867, con un marcado interés político, y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, institución que, aunque fundada en 1653 por la Orden de los Dominicos, realizó un giro importante en el siglo XIX, bajo los análisis del profesor Rafael María Carrasquilla, quien incorporó en sus clases una renovada filosofía neoescolástica de corte humanístico y social. Lo que se discute entonces en ese momento en los claustros universitarios tradicionales es la forma de llevar a cabo reformas sociales, pero desde la mirada sociológica mencionada.

Esta influencia permite comprender por qué cuatro reconocidos hijos del Externado, Carlos Medellín Forero (1928-1985), Jorge Enrique Molina (1929-1995), Elberto Téllez Camacho y Eduardo Mendoza Varela (1918-1986) mostraron tan auténtica y profunda preocupación por los problemas sociales que, en los años sesenta, ya eran demasiado evidentes en el país. Lo que se ve entonces en el pensamiento de los fundadores es un pensamiento humanista que tiene el ideario de cambiar los problemas sociales mediante la educación. Así lo expresa el rector Rubén Amaya Reyes en el año 1976, cuando, al celebrar los primeros diez años de existencia de la Universidad Central, menciona:

La instrucción técnica y profesional no ha podido ser generalizada, y desde antaño y, seguramente, por mucho tiempo en el futuro, el acceso a los estudios superiores es y seguirá siendo un privilegio o, por lo menos, una suerte. Siendo esto así, como realmente es, las personas que tuvimos ese privilegio o esa suerte, estamos socialmente en la obligación de contribuir para que la educación superior se democratice cada día más. [...] sin los dogmatismos de los amigos del totalitarismo, pero también sin el individualismo de épocas pasadas, debemos ser explícitos en la idea de que el joven que ingresa a la universidad va primordialmente a capacitarse para servir a la sociedad en que vive y con la cual debe colaborar en forma decidida. (Amaya, 1976, p. 7)

Lo interesante de su pensamiento es justamente esa idea de rescatar de la pobreza y la ignorancia a ciertos sectores sociales, pero mediante una educación centrada en el deporte, la ciencia, la ética, la transformación de la cultura y las humanidades, como lo muestran los planes de estudio implementados por estos años.

Por otra parte, aunque estas fueran las bases intelectuales de algunos de los fundadores, se debe mencionar otra institución de importancia en la consolidación de este pensamiento sociológico; me refiero a la Universidad Libre, que tenía una amplia y lejana tradición en la masonería. Resulta fácil suponer que, en un círculo tan compacto de intelectuales, que discutían sobre idearios humanistas y sobre los problemas sociopolíticos, económicos y culturales del país, se difundieran también las ideas de una masonería decimonónica.

Fundada en 1923 por el reconocido liberal Benjamín Herrera Cortés (1850-1924), la Universidad Libre promovió una educación laica y tolerante fundamentada en los ideales de la masonería. Mirada en la perspectiva braudeliana de la larga duración, la masonería en Colombia también tenía una vasta trayectoria que venía desde la época de la Independencia. Fueron personajes históricos como Simón Bolívar, Francisco Miranda o Francisco de Paula Santander, entre otros, quienes trajeron al territorio colombiano los imaginarios y el ideario de una masonería de origen británico y francés. La importancia de la masonería en Colombia —guardando las proporciones con los ideales

e imaginarios británicos y franceses— radica en el hecho de haber permitido la constitución de espacios de debate y construcción de principios éticos y filantrópicos que exigían cierta clandestinidad.

Sin embargo, vale la pena mencionar que, aunque los grupos masones fortalecieron imaginarios e ideas trascendentes —imaginarios que han rayado incluso en lo esotérico y en la tradición de secretos heredados—, estos permitieron crear una especie de ventana en el territorio nacional para observar y poder cuestionar la realidad del país. De cualquier forma, y sin ahondar demasiado en este tema —que sin duda resulta interesante—, puede decirse simplemente que los ideales de la masonería procedente de la Universidad Libre transitaron y se afianzaron en los círculos intelectuales que acompañaron la vida y la trayectoria de los miembros fundadores de la Universidad Central para darle una consistencia más profunda no solo a su pensamiento, sino también a las acciones emprendidas en el plano de la educación.

Propuesta humanista

Lo que en últimas he querido rescatar con este artículo es la particularidad de un pensamiento auténticamente universal, sustentado en valores como la fraternidad de una comunidad que era a la vez académica y humana; es así como la apertura de ideas, el debate abierto y el pensamiento con el cual buscaron parar los dogmatismos ideológicos marcaron una profunda huella en las generaciones de estudiantes, profesores y administrativos que pasaron por su claustro; lo importante era cultivar a los seres humanos, no destruirlos, como lo muestran las palabras del rector Rubén Amaya Reyes (1999):

Aquí trabajamos todos para el bien de todos; cultivamos el amor a la verdad; vivimos en función de la emancipación del error. Somos una institución abierta a todas las expresiones del pensamiento, de la investigación, del debate, del cuestionamiento. Somos plurales.

La constitución de este pensamiento humanista liderado por los fundadores les permitió citar con frecuencia no solo a grandes pensadores europeos como Max Scheler, Spencer o Stuart Mill, sino también a pensadores latinoamericanos como Bolívar o José Martí. El desarrollo de un pensamiento con esta genuina intención de universalidad trascendió los límites de lo local para aproximarse a las utopías de la región, mostrando una conexión muy propia de los intelectuales de los años sesenta y setenta, para quienes liberar a Latinoamérica del yugo de la ignorancia y la dependencia resultaba de vital importancia. Lo que resulta extraño es que un pensamiento de este orden —esto es, trascendental y humano— se convirtiera posteriormente en un rasgo distintivo de nuevos dogmatismos, en los cuales hablar de sueños continentales contra la pobreza y la ignorancia se volvió expresión de subversión y peligro.

Finalmente, considero que los fundadores expresaron un deseo honesto de educar desde la noción de *comunidad*, pues tenían claro que en el claustro se debían infundir valores de carácter universal, que era lo que se estaba olvidando por causa de la violencia en el país; valores como el de la libertad, vista como un instrumento social adquirido en la formación intelectual, eran capaces de transformar la vida de las nuevas generaciones, algo que tenía claro el grupo de intelectuales que le dieron vida a la Universidad Central.

Por ello, para honrar el pensamiento profundamente humanista de los fundadores y convertirlo en un canto que trascienda el tiempo, recuerdo las palabras que una vez pronunciara uno de ellos, el doctor Jorge Enrique Molina, como rector durante la celebración de los quince años de su fundación, para dar larga vida a la Universidad Central:

Creemos en el manejo de la libertad sirviéndonos de la cultura y del conocimiento científico, con una impregnación profunda de lo que ha hecho la humanidad para servirnos de ellos sin alardes estentóreos [...]. Así concebimos la libertad los fundadores, una libertad limpia, una libertad sin aduanas ideológicas, una libertad real y pura. (Molina, 1981, p. 11) ○

Referencias

- Amaya Reyes, R. (1976, 30 de junio). *Palabras y principios rectores* [discurso]. Salón Rojo del Hotel Tequendama, Bogotá, Colombia.
- Amaya Reyes, R. (1999, julio-septiembre). *Palabras del señor rector*. Noti Central, 1. Departamento de Relaciones Corporativas e Interinstitucionales.
- Anderson, B. (1993). *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Fondo de Cultura Económica.
- Anzola Gómez, G. (1979). *Universidad y sociedad*. Ediciones Universidad Central.
- Chartier, R. (2008). *Escuchar a los muertos con los ojos*. Katz Editores.
- De Certeau, M. (1993). *La escritura de la historia*. Universidad Iberoamericana.
- Jaramillo Uribe, J. (2001). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. CESO, Universidad de los Andes e Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- López López, H. (2018). *Fundación Universidad Central: apuntes para su historia. Ensayo autorreferencial creado a raíz del reconocimiento del Agro Parque Sabio Mutis-Jardín Botánico de Uniminuto* [manuscrito inédito].
- Molina, J. E. (1981). “Sin autenticidad cultural no es posible elegir una manera de proceder patriótica” [discurso pronunciado con ocasión de la cena de gala ofrecida por la Universidad Central en el Salón Rojo del Hotel Tequendama para la celebración de los 15 años de la Universidad]. *Hojas Universitarias*, 2(11).
- Ricoeur, P. (2008). *La memoria, la historia, el olvido*. Fondo de Cultura Económica.
- Sabato, E. (2000). *La resistencia*. Seix Barral.
- Santos Molano, E. (2009). *Colombia día a día*. Editorial Planeta Colombiana.
- Simmel, G. (2000). El conflicto de la cultura moderna. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 89, 315-330.